



REVISTA POLIS

PROF. GRACIELA BARRANCO ■
SECRETARIA ACADEMICA.
L.N.L.

E Es mi intención hacer una breve reflexión sobre el título de la publicación que hoy presentamos, reflexión que en definitiva será sobre la publicación misma y su destino deseable.

La polis ha sido, por siglos, uno de los símbolos más característicos de ese universo que se fue configurando colectivamente bajo el nombre de *Occidente* y que se constituyó en fundamento tradicional de la comunicación entre los hombres. Ese universo siempre reconoció un centro emisor, más o menos estable, y difundió sus contenidos identificatorios hacia otros polos, más o menos periféricos, convertidos en sus escenarios de representación. Así, Occidente fue primero el mundo grecolatino, para luego ser Europa y más tarde también América. Occidente derivó la legitimidad de sus símbolos (la polis, entre ellos) del poder discursivo de la comunicación que emanaba de la hegemonía del centro; configuró así las dimensiones cívicas de distintos colectivos sociales al instalar espacios de actuación originados en la polis emblemática del mundo clásico (tales como el ágora o el teatro). La polis ha sido el escenario privilegiado de ese espectáculo que por siglos se ha llamado Occidente: en ese escenario, el logos occidental ha elaborado durante miles de años una argumentación exhaustiva que ha asegurado, para la humanidad, la conciencia universal de un mismo y fundamental horizonte de actuación.

Pero, la polis griega impuso límites para la construcción de la libertad: frente a la identidad ontológica del ciudadano surge la del Otro, el esclavo. A este último se lo relega al trabajo manual mientras que al ciudadano le es ofrecido, potencialmente, todo el desarrollo del espíritu: el discurso argumentativo, la poesía, el arte lírico.

El debate público entre los ciudadanos, inmersos en el esfuerzo cívico de conducir la polis, obró como refuerzo de esa conciencia de destino para el sujeto colectivo y esa conciencia oscureció y redujo los conflictos relativos a aquellos que habían quedado fuera del ágora. Esto último es tanto una constatación histórica acerca del mundo antiguo como una metáfora relativa al desenvolvimiento de Occidente durante casi veinticinco siglos.

La representación preferencial que ha sido la polis durante todo ese tiempo se refleja en nuestro acervo cultural, y el que hoy y aquí se le dé su nombre a un producto emergente de esa cultura, como lo es la publicación que hoy se presenta, no puede sorprendernos. La polis es un emergente cultural que, como otros, está abierto al conflicto de las interpretaciones provenientes de muy diversas disciplinas, todas ellas ancladas en el discurso de Occidente. Ahora bien, a pocos meses del segundo milenio, cabe reflexionar sobre algunos elementos que preanuncian la constitución de una nueva totalidad, la configuración de un universo en gran medida diferente al que venimos comentando. A partir del fenómeno dado en llamar *globalización*, que algunos definen como la mundialización de la comunicación por medios informáticos, la representación ha quedado confinada a la denominada *video-esfera*. En esa nueva totalidad aparecen segmentos de lo que una vez fue el cuerpo social de Occidente unidos a los de otras porciones del mundo que han logrado incluirse en la esfera. Pero esta aparición, repito, es de partes truncadas por procesos tales como la declinación estructural del mundo del empleo, la expansión vegetativa de la población que conduce, en algunos casos, a una inevitable concentración urbana y, en general, el surgimiento de condiciones de marginalidad antes no conocidas, que incluyen cualquier posible futura inserción en el sistema. Se trata de segmentos de lo social que han sido expulsados de sus nichos por las ordenaciones sucesivas del universo económico, que se constituyen en sectores decadentes de un nuevo edificio social y que ha perdido para sí la noción simbólica de *pertenencia*. No se trata meramente de una disfunción anónima; sucede que la función integradora original ya no es eficaz para un sistema que sólo exhibe rupturas y que impide las inserciones.

Este fin de siglo es escenario de otra gran escisión de la humanidad. Por una parte, están aquellos para los cuales aún tiene sentido expresar una perspectiva respecto al

devenir común, a la movilidad social, al reparto de los bienes públicos; aquellos que, en general, pueden tener una participación efectiva en la construcción simbólica del colectivo social. Son aquellos que se reconocen a sí mismos a través de la comunicación, sea por la imagen, sea por el discurso, en este fin de siglo. Somos nosotros, me atrevo a decir, en tanto estamos celebrando y ratificando nuestra condición de participantes en la cultura del fin de milenio a través de eventos como el que hoy nos convoca.

Pero la otra parte de los que habitan la video esfera sólo se ven incluidos en la comunicación universal a través de una iconografía cada vez más somera y de un discurso cada vez más rudimentario. Su distancia respecto a la otra parte es cada vez mayor y está más rigurosamente codificada; esa distancia creada por una comunicación que ya no integra sino que aleja del tronco que fue común de la civilización occidental, preanuncia exclusiones que crecen exponencialmente.

¿Quiénes somos nosotros y qué debemos hacer para el nuevo milenio? Así como la *paideia*, educación del ciudadano, era inherente a la polis griega, así esa educación para y en la Ciudad y la Civilización es hoy nuestro deber. Ante todo, hay que entrar en sintonía tanto con esta globalización problemática como con la complejidad de un mundo que la ciencia pone en evidencia, mundo en el cual las fronteras parecen no tener ya otra utilidad que la que hallen algunos gobernantes para limitar o regular la movilidad de los hombres. Como ya muchos pensadores lo han manifestado, la respuesta a esta crisis de la representación es la participación; participación en una democracia que aspiramos no se limite a unos pocos, participación en una reforma del pensamiento para abordar la complejidad, superando especializaciones simplificadoras. Sólo así se podrán aportar soluciones a la pobreza, a los excesos del desarrollo y a todos los males (desde la corrupción hasta la exclusión social) que castigan hoy a las democracias constituidas. En la última Conferencia Mundial de UNESCO en París se ha dicho que esta reforma del pensamiento consiste en instaurar una educación para todos a lo largo de toda la vida: ésa es la institución de la educación en la Ciudad. De hecho, hoy ya nos encontramos llevando adelante la tarea, porque aquellos con quienes entraremos en diálogo a partir de esta publicación son los futuros ciudadanos de la nueva polis. ■

Referencias

- UNESCO/ISSC/EDUCAM:
Représentation et complexité,
Editorial Rodríguez Larreta, 1997.